

TANJA KINKEL  
LA JUGADA DE  
VENUS

TRADUCCIÓN DE  
ANA FERNÁNDEZ



nausicaä

---

MURCIA



1.ª edición Nausicaä 2009  
www.nausicaa.es

VENUSWURF by Tanja Kinkel  
Copyright © Droemersch Verlaganstalt Th. Knaur Nachf. GmbH & Co. KG, 2006  
Copyright © de la edición, Nausicaä Edición Electrónica, s.l. 2009  
Copyright © de la traducción, Ana Fernández, 2009

This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent, s.l., Barcelona - [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación  
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación  
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada  
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la  
ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento  
de esta obra.

ISBN: 978-84-96633-52-0  
DEPÓSITO LEGAL: B-44 074-2009

*Impreso en España - Printed in Spain*

I  
SUBURA



# I

**L**O PRIMERO QUE le llamó la atención fue el ruido. Era ensordecedor. Sus compañeros habían comenzado el viaje entre charlas, hasta que sus voces se apagaron a causa de la oscuridad, el agotamiento y el miedo. La noche aún no había transcurrido, pero ya se oían ruidos por todas partes: de ruedas, que no pasaban por alto ni un agujero ni una piedra del camino; de todos aquellos carros que, uno tras otro, arrastrados por bueyes, asnos o personas, avanzaban por detrás, al lado o por delante del de ellos. Maldiciones, crujidos y piafadas que no era capaz de identificar. En su aldea no había tanto alboroto ni en los días de la cosecha y, por supuesto, aún menos por la noche.

—¡Levántame! —pidió Tertia, después de haberse puesto de puntillas inútilmente para poder ver por las ranuras de los listones de madera, dándole con el codo al hombre que estaba agachado a su lado—. Debemos estar en la ciudad. ¡Quiero ver la ciudad!

Incluso sentado era más grande que ella.

—¿Por qué? —preguntó él, con voz ronca—. ¿Tanta prisa tienes en que te vendan?

—Yo no voy a ser vendida —le replicó Tertia, con vehemencia—. Yo voy a ser salvada.

Resopló con desprecio y no le prestó ni la más mínima atención. En cambio Fausta, la única persona proveniente de la misma aldea que Tertia, le dijo con desdén:

—Tienes suerte de que tus padres no se hayan deshecho de ti ya hace tiempo.

—Esos no son mis padres —respondió Tertia con retintín—. Me encontraron de niña, igual que a Rómulo y Remo. En realidad, soy hija de un rey griego que está en la ciudad para salvarme.

Su historia, al principio del viaje, había hecho sonreír a más de uno, pero a estas alturas ya resultaba cansina.

—El rey de las criaturas deformes, querrás decir —dijo Fausta. Después se sumió de nuevo en el mismo silencio que el resto de los presos.

Olía a sudor, a miedo y a orín, y a pesar de su excitación, Tertia sentía que se le revolvía el estómago. Pero también sabía que los demás la obligarían a sentarse sobre su vómito, no tanto por maldad, sino más bien por falta de espacio en aquella estrecha jaula. El comerciante se había ocupado de que sus carros estuvieran rodeados por todas partes de paredes altas, para evitar cualquier intento de fuga. No existía ni siquiera la posibilidad de asomar la cabeza para respirar un poco de aire fresco. Así que intentó contenerse. Y al mismo tiempo reprimir la idea de que se había imaginado su nueva vida de otra manera.

En medio de aquel ruido y pestilencia contaba con los dedos sus cifras más importantes: tres veces cinco, los años que tenía. Tres vacas, las que su padre iba a poder comprar con el dinero que le habían dado por ella. Tanto dinero como el que su hermano ganaba en dos años en la legión, le había dicho a la madre de Tertia. A un tercer tres no llegaba, porque apenas medía dos pies y un palmo. A los cuatro años de edad había dejado de crecer. Hacía mucho tiempo que Tertia se había resignado con el hecho de que no crecería más. Y sabía que Fausta tenía razón: era una suerte que no la hubieran abandonado antes. Una niña que era enana sólo era una boca inútil con la que nadie se casaría y que ni siquiera podía echar una mano de verdad en la granja. Pero lo

que Fausta no sabía era que no había ningún motivo para compadecerse de Tertia. Ninguno.

La muchacha apretó los dedos de su mano izquierda contra la palma abierta de la derecha, una vez, dos, tres, cuatro veces, y finalmente lo dejó. La cantidad que su padre había obtenido superaba el precio de tres vacas en mucho; nunca había aprendido números tan grandes porque en su familia nadie había tenido nunca nada. Seguro que sus padres podrían pasar el invierno, al menos eso. Era una gran suerte. Cada vez había más y más campesinos libres que ya no podían pagar sus deudas, sobre todo porque las fincas pertenecían en su mayor parte a los ricos de la ciudad que tenían esclavos para trabajarlas. Tertia, que era lo bastante pequeña para meterse en cualquier escondrijo y escuchar las conversaciones que no estaban hechas para sus oídos, no entendía por qué sus padres no hacían lo que era evidente.

—¡Mudémonos a la ciudad! —exclamó un buen día, mientras ayudaba a su madre a ordeñar la cabra. Su madre comprendió que no se refería a la ciudad más próxima. En Lacio, sólo había una ciudad que contara de verdad. Miró a Tertia con los ojos abiertos de par en par y guardó silencio.

—Allí les dan cereales a los pobres —prosiguió Tertia—. Todo el mundo lo dice.

—Tu padre nunca abandonará su granja, su campo de espelta, sus guisantes y sus coles —constató su madre con tristeza.

A Tertia le pareció una tontería. No entendía qué tenía de especial la granja que no suponía más que trabajo y hambre. Sobre todo, cuando su padre se vio obligado a vender hasta su última vaca y su última cabra y por lo tanto se habían quedado sin la base para el queso y el cuajo.

En el pueblo sólo había una persona que hubiera estado alguna vez en la ciudad: Caeca, la ciega. Cuatro años después de nacer Tertia, había llegado en una tropa de carretas a la zona y allí la habían abandonado. Los más piadosos del lugar decían que era una señal de los dioses; los malintencionados decían que sus dueños la habían abandonado porque no querían alimentar

a una criada que había perdido la vista. Caeca misma aseguraba que ella era una sacerdotisa e intentaba ser útil repartiendo bendiciones y realizando rituales. Los más viejos del pueblo, primero estaban escépticos; al fin y al cabo, a una sacerdotisa siempre la hubieran alimentado, pero ¿podían estar seguros de que Caeca desempeñaba ese cargo por derecho propio? Caeca nunca intentaba justificarse. Pronto lo hicieron otros por ella. Tertia nunca olvidaba la protección que ofrecía una aseveración que no se podía verificar.

No importaba lo que pensara el resto del pueblo, para Tertia, Caeca desde el principio fue una heroína. En su niñez, cada vez que los demás niños la acosaban, había encontrado cobijo en Caeca; la primera vez, incluso, cuando los habitantes del pueblo no sabían si debían darle de comer a esa mujer ciega. Después de aquello, Tertia le había insistido a su padre hasta que éste se puso de parte de aquellos que pensaban que Caeca era un obsequio de los dioses y de esa manera, este grupo consiguió superar al otro.

Las historias de Caeca sobre aquella fantástica ciudad eran mucho mejores y más bonitas que el trabajo diario. Los cereales no costaban nada, eran un regalo del espléndido César Augusto a los pobres y allí sólo había suntuosas casas hechas de piedra. En la ciudad incluso había otros enanos; Caeca juraba que antiguamente, antes de perder la vista, había visto una enana con sus propios ojos. Las personas se pasaban el día bromeando y riendo entre ellas en vez de gruñirse, nadie insultaba a otro llamándole engendro y los juegos de palabras tenían más demanda que la fuerza muscular. Para Tertia, que ya tenía bastante práctica defendiéndose con palabras y que ahora aprendía cada vez más describiéndole a Caeca lo que la vieja no podía ver, todo aquello le resultaba muy atractivo. La ciudad se convirtió en su sueño y, tras la muerte de Caeca, en una obsesión. Tertia estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para escapar del silencio en el que se había sumido al perder a su amiga.

Tardó un tiempo en darse cuenta, pero Caeca le había regalado algo más que unas simples historias. Pero Tertia no estaba segura de si ese regalo era bueno o malo: Caeca hablaba en otra lengua, diferente a la de la gente del pueblo. Cuando te encontrabas con alguien en la fuente o en los campos, la conversación era como el canto solitario de un grillo, con pocos tonos, siempre iguales. Pero en las horas que había pasado con Caeca, las palabras volaban como el zumbido, variado y polifónico, de todo un enjambre de abejas. Y ahora no había nadie que entendiera la lengua de Caeca, al menos no en el pueblo. Allí se burlaban de la manera de hablar de Tertia, que la había adoptado de su amiga, y ahora debía esforzarse en sonar de nuevo como los demás. En la ciudad, en cambio, solo había personas que hablaban como Caeca, de eso estaba segura.

No le importaba ni lo más mínimo que Fausta pensara que sus padres la habían vendido para poder conservar la granja, al igual que le había ocurrido a ella. Tertia sabía la verdad. Después de la mala cosecha del último año, cuando ya ni las bellotas ni los hayucos bastaban para estirar el pan y habían tenido que recurrir a los altramuces y a la corteza de los árboles, la ciudad se había convertido en el único tema de conversación de Tertia. En el pueblo no había ningún futuro para ella. Nadie se casaba con una enana y ella sola no podía trabajar el campo de su padre. Su madre debía haberle contado a su padre que Tertia añoraba la ciudad. Y él había encontrado el mejor medio para cumplir el deseo de su hija. Sus padres la amaban. *Por eso* la había vendido su padre. No por desdén, sino por amor.

Caeca le había predicho que en la ciudad encontraría su fortuna. Y Tertia se lo imaginaba, una y otra vez, mientras las ruedas del carro rodaban a trompicones por encima de los adoquines que cada vez estaban más igualados. Además, podía ser que realmente fuera una niña a la que habían abandonado. En su familia nunca antes había habido un enano. Ser un enano era algo despreciable, una desgracia que incitaba a los demás habitantes del pueblo a compadecer a los padres de Tertia o a

burlarse de ellos. Tertia había pasado su primera infancia avergonzándose de su existencia. Fueron las historias de Caeca las que le habían llevado a pensar que ella también tenía algún valor. Pero en todas partes no era como en el pueblo. Lejos, muy lejos, seguro que existía un reino habitado sólo por enanos que debía estar obligado a pagar tributo a la ciudad porque, la ciudad era el mundo entero. Un mensajero podría, de camino hacia allí... Se sumió en sus fantasías.

CUANDO POR FIN el carro se detuvo y se abrió el enrejado de listones, Tertia contuvo la respiración y apretó los ojos. Estaba amaneciendo y se veían en el cielo los primeros tonos rojizos del crepúsculo. Tertia pudo reconocer otros muchos carros como el suyo. Y personas, una cantidad ingente de personas, que iban de un lado a otro, corrían, tropezaban, vagaban.

—¡Fuera de aquí! —gritó el tratante, pero parecía más aliviado que enfurruñado. Les había dicho que al interior de la ciudad, desde el amanecer hasta dos horas antes del anochecer, no podían entrar carros desde que el divino Julio, Cayo Julio César, así lo había dispuesto ya hacía más de cincuenta años. Si no hubieran llegado a las puertas de la ciudad se hubiera visto obligado a alimentar otro día más a su mercancía.

—No hace mucho que me dedico a este negocio —le había explicado en confianza a Fausta, que parecía haberle gustado y a la que había pasado con agrado la mano por el trasero—. Yo antes, era un honrado labriego, pero de algo hay que vivir.

Fausta se había estremecido cuando el tratante se le había acercado, y cuando Tertia le había hecho una mueca, se había puesto a llorar. Ambas muchachas tenían la misma edad y de niñas, incluso, habían jugado juntas un par de veces, hasta que fue evidente que Tertia no crecería más. Para Tertia no tenía ninguna importancia que su amiga tuviera la cara como la de una cabra, pero Fausta se había unido a los demás cuando le

dedicaban sus cantaletas. Ahora las dos se encontraban en la misma situación, pero Fausta actuaba como si ella no lo hubiera merecido. Era tonta.

Resultaba difícil poder ver entre todas aquellas piernas que corrían de acá para allá y poder reconocer algo del entorno después de que los demás hubieron bajado del carro, pero finalmente Tertia lo consiguió estirando la cabeza todo lo que pudo. Se quedó boquiabierta.

Al otro extremo de la plaza había una casa de piedra y de colores, como nunca antes había visto alguna, redonda, con columnas y escaleras. No había nada pequeño ni de madera en aquel edificio e incluso hubieran cabido dentro varias casas como la del campesino más rico del pueblo. En el primer momento, Tertia pensó que estaba viendo directamente el Olimpo. Seguro que los dioses vivían en edificios como ése. Después, su mirada siguió su curso, descendió del tejado y las columnas y se detuvo en las escaleras sobre las que pululaba, maldecía y renegaba la gente. Se percató de la cantidad de personas que debían haber pasado allí la noche, tantas como las que se juntaban en el pueblo en un día de cosecha. Ninguna de ellas llevaba otra cosa que túnicas viejas y andrajosas, y si guiñaba los ojos podía ver que todas ellas tenían llagas y algún chichón. Aquellas personas no tenían nada de divinas. A algunas les faltaba un brazo o una pierna. En la tenue luz de la mañana semejaban quimeras; en el pueblo no había tantos tullidos ni mendigos y, sin embargo, aquí ninguna de las otras personas parecía prestarles atención, seguían corriendo con sus velas de sebo en la mano a través de la plaza o se peleaban por conseguir sitio para su carro. El resto de los edificios, que Tertia pudo atisbar, parecían ser de madera, pero eso era todo lo que tenían en común con las cabañas del pueblo.

—No te escapes —le advirtió el tratante, al ver que cegada, daba unos pasos en dirección a la inmensa casa de piedra.

—Sólo quería...

—Pequeña, no te he traído hasta aquí para que reces en los templos —le dijo sin ser desagradable—. Eso podrás hacerlo si tu nuevo amo te lo permite.

Templos. En el pueblo había una fuente divina, pero no había ningún templo. Es decir, que su primera impresión no la había engañado. En una casa como aquella por supuesto que vivían los dioses.

Lo que el tratante le había dicho sobre escaparse, le dio una idea. Con tanta gente como la que había allí, nunca la cogería si de verdad echaba a correr: ella podía escabullirse entre las piernas de la gente, él no podía hacerlo. Ella podía esconderse en rincones en los que no cabía nadie.

—Tengo hambre —dijo Fausta, en voz baja a su lado, y entonces Tertia se dio cuenta de que a ella también le sonaba el estómago, sobre todo ahora que ya no tenía que soportar ese sofocante olor del carro y ya no sentía aquella angustia. De nuevo estiró la cabeza y observó a los mendigos en las escaleras del templo. No parecía que nadie les diera de comer. Así que ser libre también tenía sus inconvenientes, pensó Tertia, recordando el hambre de su casa. Los mendigos miraban hacia ellos y cuando se dio cuenta de que la miraban a ella como si fuera un perro con dos cabezas, se inquietó. Al fin y al cabo estaba en la ciudad, esto no era el pueblo, y aquí la gente ya debía de haber visto más enanos, tal y como le había contado Caeca. ¿O no?

El tratante se puso en jarras y se quedó mirando a sus cinco esclavos. Tertia tomó aire y exclamó:

—¡Seguro que tenemos mejor aspecto cuando hayamos comido!

—Eso espero —replicó con sequedad el hombre al que su padre la había vendido, y le hizo una señal a uno de los esclavos que deambulaba cargado de cestas entre los carros y todos recibieron un trozo del pan que compró por un as.

Igual que hacía en casa, Tertia lo masticó durante una eternidad con el fin de engañar un poco al hambre. No sirvió de mucho, hecho que también había que achacar a la circunstancia de que desde alguna parte llegara el olor a pescado fresco. El tratante también compró algo de queso para él, antes de iniciar una larga conversación con el propietario del carro de al lado.

A Tertia se le hacía la boca agua con aquel fuerte olor, pero no serviría de nada pedirle un trocito al tratante. Y lo que conseguía entender de la conversación tampoco era muy alentador: el comercio al por menor ya no es lo que era porque las legiones han traído pueblos enteros de bárbaros como esclavos baratos. E incluso había unos abogados sabihondos que querían hacerse un nombre con los procesos y que cada vez más insistían en que los itálicos habían nacido libres y que por ello no podían ser vendidos de ninguna manera. Su insistencia en que sólo se nace como esclavo o te conviertes en uno por las guerras o por castigo, hizo que los otros dueños de los carros hicieran el comentario de que los abogados sólo son personas que eran premiadas y no castigadas por su desconocimiento de la ley, que por su culpa últimamente se veían obligados a traer siempre un testigo para demostrar que el padre de familia, cuyo poder sobre sus familiares era mayor que el de cualquier ley, había accedido a la venta.

—Si no recupero el dinero que he invertido en estos cinco no me quedará otro remedio que ahogarlos —cavilaba el tratante.

—Por esa cosa de ahí —dijo el otro, mirando a Tertia— conseguirás buen dinero. Los enanos son rarezas. Los demás...

Tertia ya había oído bastante. A pesar del poco aprecio que sentía por Fausta, nadie merecía que le ahogaran. Además se sentía responsable de la otra muchacha. En todas las demás familias del pueblo había muchos niños, pero los hermanos de Tertia habían muerto todos poco después de nacer. Con cuatro de ellos ya era lo bastante mayor como para darse cuenta, y desde entonces tenía la sensación de que debía haber hecho algo para evitarlo. Fausta no era su hermana, pero sí formaba parte de su niñez. Quizás era ésta la oportunidad de saldar sus deudas.

Tertia le dio un tirón a Fausta en el dobladillo de su arrugada túnica y con disimulo le hizo señas para hacerle entender que debía escapar pero sin expresarlo en palabras. En este medio tiempo, ya había amanecido del todo y el sol iluminaba el cabello encrespado de Fausta y su cara llorosa y manchada. La muchacha sacudió la cabeza con firmeza y de nuevo rompió en llanto.

*A lo mejor, pensó Tertia, no cree que de verdad el tratante pueda hacer con ella todo lo que quiera.* Ella no cometería ese error. Con decisión se metió entre las ruedas del carro.

El suelo era de tierra, una tierra pisada con piedras y basura que arañaba los brazos y las piernas mientras se arrastraba con gran dificultad hacia delante. Apareció al otro lado del carro, unas piernas la golpearon y la tiraron al suelo, se levantó de nuevo y echó a correr.

